

Comentario al evangelio del jueves, 22 de abril de 2010

IMPREVISTA CONVERSIÓN. TODOS DISCÍPULOS

Qué sugerente y emocionante me resulta este pasaje de los Hechos. Su autor sigue describiéndonos la expansión del Evangelio a círculos cada vez más alejados del judaísmo oficial, en manos de aquellos «heterodoxos» diáconos que tuvieron que salir huyendo del «centro». El «ángel del Señor» quiere ya llevar a su Iglesia hacia el Sur, ese que también existe, y Felipe que ya se había pasado por Samaría va a ser el encargado de tal tarea. No parece una estrategia evangelizadora muy apropiada tomar el camino del desierto: ¡qué se puede encontrar por ahí! No cayó en la tentación eficazista que a nosotros tanto nos puede, ni se va a echar para atrás cuando se encuentre con un personaje tan particular y tan poco interesante a muchos ojos.



Pues nuestro Diácono se cruza con un etíope (un africano). Se trataba de un «prosélito», un «temeroso de Dios». Así se designaba a los que se sentían

atraídos por el judaísmo, pero que no estaban en plan de igualdad con el resto. En el judaísmo había «niveles de pertenencia», por decirlo de algún modo, y personajes como éste, por más que fueran de alta alcurnia, eran de «segunda clase». En este caso, por dos razones: por ser extranjero y por ser eunuco (=impuro).

Sin embargo, -qué estupendo descubrir esto en la Iglesia primitiva-, Felipe no se hace problema de ello. En las comunidades cristianas helenistas no había diferencias (aunque esto será una fuente de conflicto muy seria entre Pablo y algunos miembros de la comunidad de Jerusalem, que sí pretendían establecer esas diferencias, al estilo judío): ni de raza, ni de impureza... El Evangelio era para todos.

Y Felipe no escatima esfuerzos, se acerca, se «pega» al eunuco y entra en conversación con él. Va leyendo las Escrituras (no cualquiera podía disponer de un ejemplar, y no cualquiera sabía leer). Pero no las entendía. Como les ocurre a tantos hermanos nuestros para quienes el Antiguo Testamento (o buena parte de él) es una especie de galimatías y no encuentran «guías» que se lo expliquen. Parece que nuestro diácono sí que tiene una buena formación escriturística, y además no tiene prisa, no le importa «perder el tiempo»: se monta en la carroza y se sienta con él. No le suelta ningún discurso, no discute. Como había hecho Jesús con los dos de Emaús, le deja que hable, que formule sus dudas, mientras siguen juntos el viaje... Y luego empieza a anunciarle el Evangelio de Jesús, apoyándose en las propias inquietudes y preguntas del etíope. Al final él mismo tomará la iniciativa de bautizarse. Todo un ejemplo de catequesis, todo un ejemplo de «guía» espiritual, todo un modelo de apostolado, todo un modelo de Iglesia.

Parece como si Felipe estuviera comprobando en directo aquello que estaba escrito en los profetas y que retoma Jesús: *Serán todos discípulos de Dios*. Todo el que viene a él, todo el que escucha y aprende de él, todo el que come el Pan vivo bajado del cielo será discípulo. Esta es la definición de discípulo. Vale para Felipe, y vale para el ministro de la reina Candaces que viajaba con la Escritura en la mano. Y vale para nosotros. No sé por qué extrañas razones se acabó reservando el nombre (y la categoría) de discípulos y la responsabilidad misionera que eso supone a una mínima parte del Pueblo cristiano. Ojalá todo cristiano tuviera el empuje misionero, el conocimiento de la Biblia y la preparación teológica de Felipe. Nuestro último Concilio quiso recuperar y potenciar la vocación apostólica de todo bautizado, de todo el que ha recibido el Espíritu de Pentecostés, así como el lugar debido a la Palabra de Dios en la espiritualidad cristiana. Pero aún queda mucho por hacer. Que Felipe nos guíe y acompañe, y que aumenten en la Iglesia los «guías» que muchos necesiten y que todos los que tienen inquietud (los que el Padre atrae) encuentren su sitio entre nosotros.

Enrique Martínez cmf

Enrique Martinez, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org